

ANH DO

CHICA LOBO



PERDIDOS
EN EL
BOSQUE

RBA

CHICA LOBO



RBA MOLINO

ANH DO

CHICA LOBO



PERDIDOS EN EL BOSQUE

Ilustraciones de Jeremy Ley

Traducción de Núria Saurina Eudaldo

RBA

Título original inglés: *Wolf Girl*.

Autor: Anh Do.

Publicado originalmente en inglés por Allen & Unwin
en Australia en 2019.

© del texto: Anh Do, 2019.

© de las ilustraciones: Jeremy Ley, 2019.

© de la traducción: Núria Saurina Eudaldo, 2020.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2020.

Avda. Diagonal, 189. 08018 Barcelona.

rbalibros.com

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE

Primera edición: marzo de 2020.

RBA MOLINO

REF.: ODBO690

ISBN: 978-84-272-2186-4

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que ser sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Para Summer, Leon, Luc y Xavier,
y para Ben y Freddie,
una pandilla de chicos formidables.

Anh

Para Tess.

Aventura pese a la adversidad.

Un abrazo de tu compinche aventurero,

Jem

ÍNDICE

1	En plena noche	9
2	Perdida	27
3	Dorada	35
4	Molly	44
5	El río	48
6	Corriendo con los perros	64
7	Los coches	74
8	Bocadillos rancios	81
9	Por la carretera	95
10	Nuestra primera caza	108
11	Cena	124

12	Infinidad de mañanas	131
13	Pío, pío	147
14	La chica lobo	160
15	En los cielos	173
16	Entonces y ahora	183
17	El medallón	186
18	Amanecer	192
19	Secuelas	203
20	Avión	207
21	Gente	211

EN PLENA NOCHE

—¡Gwen, despierta! ¡Despiértate ya!

Mamá me sacudía con fuerza. Con demasiada fuerza. Los nudillos se le pusieron blancos al agarrarme por los hombros.



Me entraron ganas de gritar, pero no lo hice. Tal vez porque mamá estaba muerta de miedo.

En cambio, obedecí. Me senté.

—¡Tenemos que darnos prisa! ¡Ya vienen!

Salté de la cama y me vestí volando. Todavía era de noche, pero todo el mundo estaba en pie. Afuera, los vecinos gritaban, las bocinas sonaban y la gente lloraba.

Seguí a mamá hasta la cocina y la vi volcar mi mochila y tirar al suelo todo lo que había dentro. Mi estuche se abrió al caer, pero a mamá ni siquiera pareció importarle. Quise quejarme, pero estaba demasiado asustada.





Mamá llenó mi mochila de comida. Detrás de ella, vi que papá salía por la puerta delantera con un montón de pesadas maletas.

—Lleva esto a tu padre —dijo mamá, tendiéndome la mochila.

Corrí afuera y encontré a papá metiendo maletas en el coche a empujones. Le di mi mochila y la lanzó al maletero.

—Tú tranquila, Gwen —me dijo, a pesar de que su voz no sonaba tranquila. Se volvió hacia la casa—. Venga —musitó—. Daos prisa.

Un coche hizo resonar su bocina, viró bruscamente para sortear una furgoneta y se alejó a gran velocidad.

Mamá y mi hermana mayor Kate salieron de la casa y corrieron hacia el coche. Lo extraño es que mamá ni siquiera se detuvo para cerrar la puerta delantera de casa.

—¡Todo el mundo dentro! —gritó papá.

Kate y yo nos preocupamos porque papá raras veces alzaba la voz.

Nos metimos en el coche y nos largamos en plena noche.

Mientras íbamos dejando calles atrás, vi que más adelante la carretera estaba atestada de vehículos. Repletos de bolsas, de gente, de ni-



ños, unos más pequeños que yo, otros mayores. Todos miraban por sus ventanillas. Era como si nos fuéramos de vacaciones en grupo. Salvo que nadie sonreía.



Avanzamos a toda velocidad junto con los demás vehículos durante lo que pareció una eternidad. Más tarde, la carretera se adentró en un bosque y serpenteaba por entre hileras de tenebrosos árboles.

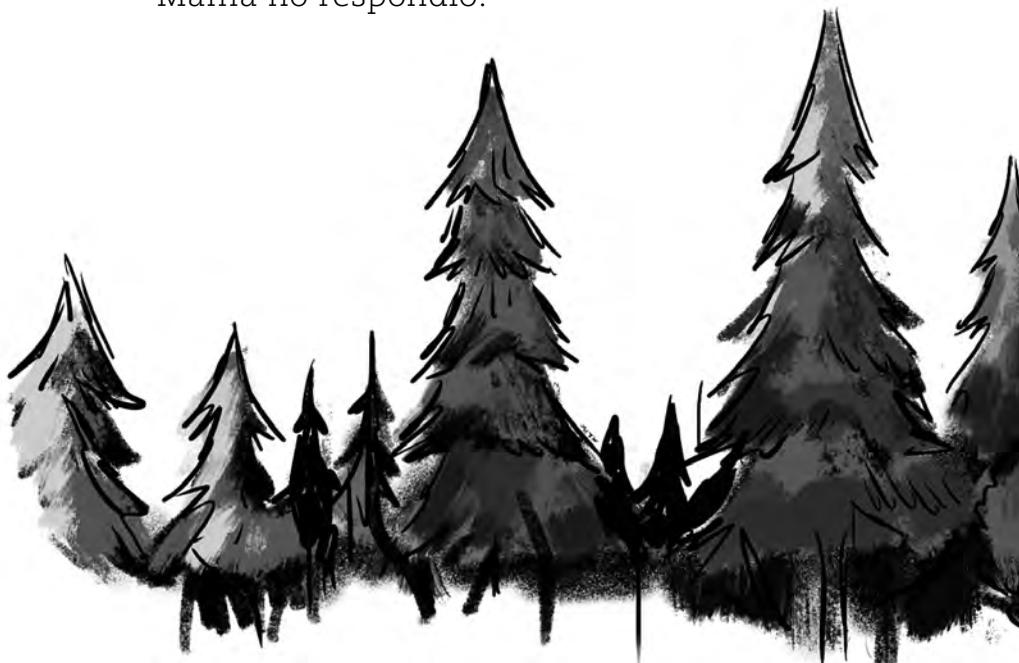
—¿Adónde vamos, mamá? —pregunté al fin.

—Niñas, procurad cerrar los ojos —contestó mamá con la voz temblorosa—. Descansad un poco.

—¿Por qué nos hemos tenido que ir? —preguntó Kate.

Mi hermana acababa de cumplir once años y siempre había sido muy curiosa.

Mamá no respondió.



Miré a Kate y esta se encogió de hombros.

Kate no tardó en volver a hablar.

—¿Podemos jugar a aquel juego en el que hay que pensar países que empiezan con distintas letras?

—Ahora no, Kate —dijo mamá.

Fue un alivio. Detestaba aquel juego. La última vez que jugamos tardé años en nombrar un país que empezara por B: no estaba segura de si Bélgica era un país o una ciudad.



Después de aquello, papá me había dicho:
—Gwen, cariño, tienes que confiar más en tu intuición.

Siempre me lo decía. «Sigue tu intuición».

Sin embargo, cuando en aquel momento observé a papá al volante, no me pareció muy seguro de sí mismo.

Kate también debió de notarlo, porque no preguntó nada más durante el resto del trayecto. En cambio, avanzamos durante horas en silencio, bosque adentro, recorriendo una carretera desconocida que parecía no tener fin.



Miraba por la ventanilla y no vi más que árboles a ambos lados durante kilómetros y kilómetros.

Hasta que, de repente, oí una explosión lejana.
—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Mamá giró la cabeza y miró a papá.

La volví a oír. Esta vez un poco más fuerte.

Papá pisó el acelerador y, con una sacudida, el coche salió disparado a una velocidad incluso mayor.

—¡Papá, vas demasiado deprisa! —chilló Kate.

—¡Silencio! ¡Voy muy bien! —espetó papá.

El tono de voz de papá, casi siempre sosegado, no nos tranquilizó en absoluto.

Al cabo de un rato papá se volvió para mirar a Kate.

—Lo siento, cielo, pero tenemos que...

¡CATAPLUM!



Chocamos contra un camión.

Me golpeé la cabeza con el asiento de papá.
Mamá chilló. Kate rompió a llorar.

—¿Estáis todas bien? —preguntó papá con la voz ronca.

Se volvió para ver cómo estábamos y asentimos con la cabeza frenéticamente.

Delante de nosotros había lo que parecía una centena de vehículos. Detenidos, todos en fila, resiguiendo la sinuosa carretera que remontaba una montaña sombría.

—¡Deberíamos haber salido antes! —gritó mamá, pálida.

Se escucharon a lo lejos una serie de estallidos atronadores.

—¡Salid todas del coche, ahora mismo! —bramó papá.

Kate y yo nos quedamos petrificadas. No sabíamos qué hacer. Me quedé mirando a través del parabrisas hecho añicos la gran luna azul de la parte posterior del camión contra el que acabábamos de chocar.



Mamá también se quedó sentada, quieta y callada, mientras papá salía del coche de un salto y lo rodeaba a toda prisa para sacar a ras-tras nuestras cosas del maletero.

Los ruidos atronadores se intensificaron.

Mamá se volvió hacia nosotras, con el rostro congestionado y cubierto de lágrimas.

—Niñas. Mamá os quiere muchísimo. ¿Me oís?

Se inclinó hacia la parte trasera y me zaran-deó el hombro.

—¡Escúchame, Gwen! Las dos tenéis que correr. Mamá y papá os seguiremos de muy cerca, pero debéis correr y correr y no mirar atrás. E incluso si nos rezagamos, seguid corriendo. ¿Me oís?

Kate y yo la miramos fijamente.

—¡¿Me oís, niñas?! —Ahora gritaba—. ¡Prome-tédme, niñas! ¡Prometedme que no os detendréis!

—De acuerdo —chillé.

Papá abrió la puerta y nos sacó a mí y a Kate. Nos pasó las mochilas y nos dio un empujón a cada una.

—¡Vamos!

UUUUUUUUUUUMMMM!



Y de repente...

Una tremenda explosión nos arrojó a todos contra el suelo. El aire se colmó de humo.

—**¡CORRE!** —voceó papá mientras se levantaba con gran dificultad.

Mamá ayudaba a Kate, que se había caído.

—**¡CORRE, GWEN!** ¡No te detengas! ¡Lo has prometido! **¡Corre!**

Sin pararme a pensar, eché a correr de nuevo. Miré hacia atrás para ver si mi familia me seguía, pero no logré distinguirlos entre el humo que se arremolinaba. Quise parar y regresar, pero todo cuanto podía oír era la voz de mamá suplicándome que no me detuviera. Algo dentro de mí me dijo que la obedeciera, ¿tal vez se trataba de la intuición que papá siempre me decía que siguiera?

Así que eso hice.